

dría llamar «añoranza por la filosofía». No se trata de reconocer que la investigación en psicología tiene implicaciones filosóficas o de afirmar que la ciencia esté exenta de estas cuestiones, algo que por obvio ni siquiera haría falta reseñar, se trata de seguir creyendo que los problemas que se plantea la psicología no pueden ser investigados experimentalmente, que lo único que podemos hacer es pensar sobre ellos o hablar de ellos. No podemos seguir por más tiempo intentando ser científicos y pareciendo filósofos frustrados, nos parece que ni el propio Wundt lo vería con buenos ojos.

REFERENCIAS

- Latour, B. Y Woolgar, S (1995). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Leahey, TH (1997). *A History of Psychology. Main Currents in Psychological Thought (fourth edition)*. Upper Saddle River, NJ: Prentice-Hall.
- Rosa, A. (1988). Un enfoque Socio-Histórico de la Historia de la Psicología. En A. Rosa, J. Quintana y E. Lafuente (Comp.), *Psicología e Historia. Contribuciones a la investigación en Historia de la Psicología*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Rosa, A., Blanco F. y Huertas, J.A. (1991). ¿Para qué hacemos Historia de la Psicología? *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4), 405-412.
- Rosa, A., Huertas, J.A., Blanco, F. y Montero I. (1991). Algunas reflexiones sobre la metodología de la Historia de la Psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4), 393-404.
- Rosa, A., Huertas, J.A., Blanco F. & Montero I. (1993). What is the place of History of Psychology. Some thoughts about methodology. In H. Carpintero, E. Lafuente, R. Plas & L. Sprung (Eds.), *New Studies in the History of Psychology and the Social Sciences. Revista de Historia de la Psicología. Monographs 2*.
- Smith, L. (1994). *Conductismo y positivismo lógico. Una reconsideración de la alianza*. Bilbao: DDB.

¿Al servicio de quién?

Mari Carmen Giménez
Departamento de Psicología Básica
Universidad de Barcelona

Si, como señalan los autores refiriéndose a los historiadores de la ciencia y en particular a la de la psicología, se trata de tomar conciencia y a ser posible explicitar los puntos de partida sobre los que se asienta el discurso, bueno será poner de manifiesto cuáles son éstos en el caso del presente comentario.

Según mi lectura, de acuerdo con la afirmación de que la comprensión de lo escrito implica una construcción activa de significados, parece lícito considerar que la *dialogicidad* de un discurso no se agota en su construcción sino que se

extiende a su recepción por parte del lector en la que, obviamente, culmina su función comunicativa. En este sentido conviene aclarar que tanto mi lectura como mis comentarios del texto están hechos desde mi posición, en la que converge y se entrecruza la triple condición de psicóloga, de historiadora de la psicología y de profesora de esta misma materia en la Universidad de Barcelona. Cualquiera que sea el peso de cada una de estas tres dimensiones en mi particular diálogo con el texto, está claro que, además de sesgar mis intereses, forman parte del fondo y la materialidad de mis argumentos.

Empezaré por decir que, desde mi punto de vista, el libro va mucho más allá de lo que su título parece indicar, puesto que no se limita a presentar una mera propuesta metodológica, en el sentido escueto del término, sino que los autores dedican una buena parte de su esfuerzo a fundamentarla, confeccionando lo que, para darle más amplitud, pudiéramos llamar un modelo metodológico que emana de concepciones específicas de la actividad epistémica, de la historia y de su enseñanza. Es precisamente esa fundamentación, que me resulta particularmente estimulante y en la que quiero incidir, la que ha suscitado las reflexiones que me propongo exponer.

La Historia como disciplina –se dice en la pág 12– está sometida a la razón occidental, es decir, a la dinámica de progreso. Por su parte el historiador, como agente social, tiene el deber de narrar el pasado siguiendo determinadas reglas que dotan de carácter moral a su actividad, con la finalidad poner el recuerdo al servicio del presente. Según esto, pareciera que el historiador comprometido con la razón occidental y la organización social que la sustenta, interpreta el pasado desde la asunción, consciente o no, de un progreso que, tomado como realidad incuestionada, sesga su discurso. Sin embargo, por identificado que se esté con la cultura occidental, cabe la posibilidad de considerar que a lo que el historiador puede estar sometido es a la dinámica que la idea de progreso impone a la interpretación, en cuyo caso, el progreso no es un conjunto de hechos sino una interpretación de los mismos y, como tal, perfectamente discutible.

Esta cuestión es relevante en relación a la opinión de los autores, que desde luego comparto, de que que la historia de la ciencia debe ponerse siempre al servicio y contribuir al desarrollo de la disciplina de la que se ocupa. El problema está entonces en cuáles son las nociones de ciencia y de desarrollo que se manejan. Si entendemos la ciencia como actividad humana que se realiza en contextos socio-históricos e institucionales determinados, y si la propia actividad del historiador se produce en un contexto de iguales o similares dimensiones, entonces el «servicio a la disciplina» y el «desarrollo de la misma» vienen definidos por los intereses de los agentes de ese entramado social, entre los que se cuenta, con los que dialoga, o a los que se somete el propio historiador.

La ciencia (p. 22) no es sólo el saber, sino también un conjunto de instituciones que actúan como condiciones de posibilidad, pero también como restricciones, para la producción y la distribución de los productos epistémicos. Desde esta perspectiva cabe pensar que los avatares de la actividad y la producción científica dependen en gran medida de tales instituciones y que son éstas las que, en último término, posibilitan y delimitan los márgenes de producción y distribución de la ciencia. En otras palabras, es en el seno de las instituciones científicas

donde se decide tanto lo que está o no está al servicio de una determinada disciplina como la pertinencia o irrelevancia de los discursos concretos de cara a sus intereses y a su peculiar concepción del desarrollo disciplinar y del progreso.

Ahora bien, aunque las instituciones científicas suelen estar constituidas mayoritariamente por especialistas supuestamente interesados en el saber y en su producción, distribución y difusión, también es cierto que su actividad es posible gracias a otras instituciones, tales como empresas, ministerios, fundaciones, etc., que no están necesaria o exclusivamente interesadas en el conocimiento, sino en el consumo de aquellos productos del saber que resultan útiles a sus propias acciones e intereses (pág. 48). De modo que, en definitiva, la atribución de valor, el sesgo de la producción y la mera existencia o la relevancia del discurso científico está en manos de aquellas instituciones que poseen o administran los medios de los que depende la comunidad científica. Así aunque el valor de los productos científicos sea más simbólico que económico, está sometido a un tipo de mercado mucho más interesado en lo económico, lo ideológico, político y lo pragmático, que lo simbólico. Es decir que, a la postre, quienes crean las posibilidades y las restricciones en las que debe desenvolverse el discurso científico y, por consiguiente, determinan el valor atribuido a los discursos epistémicos son las instancias de poder.

Aunque la idea no es precisamente nueva y haya sido centro de múltiples polémicas y debates, vale la pena hacerla presente especialmente por lo que atañe a las cuestiones morales en las que tan valiente y acertadamente inciden los autores.

Considero que la relación de dependencia entre poder, ciencia, formaciones discursivas, discursos epistémicos y tecnología, ni es evitable ni necesariamente negativa y que, en todo caso, concierne a los historiadores de la ciencia dar cuenta cabal de la incidencia de esas relaciones en la gestación de los discursos científicos. Sin embargo, no hay que olvidar que, como decía más arriba, la tarea de los historiadores se desenvuelve en contextos muy similares a aquellos en los que se produce la ciencia. También la historia de la ciencia, como producto epistémico, se genera en instituciones dependientes de aquellas otras cuya existencia y funciones se fundan en argumentos ideológicos, económicos y políticos. Tampoco en este caso el vínculo es por sí mismo negativo pero me parece oportuno reflexionar sobre él porque precisamente en su naturaleza y cualidades reside, a mi juicio, el compromiso ético fundamental del historiador. Tanto más, por cuanto que, como se enfatiza en el texto, la dimensión moral de todo discurso historiográfico implica una cierta dirección para la acción futura que de una u otra forma como historiadores y más aún como docentes transmitimos. Entonces, la ética no se ciñe solamente a la claridad y honestidad con la que se explicitan y manejan las normas y reglas que regulan los procedimientos a los que se sujeta la generación de discursos históricos, sino a la conciencia de que el conjunto de la comunidad de historiadores y cada uno de ellos en particular articula su discurso desde una relación especial —activa o pasiva, asumida o ignorada— con el poder.

En este sentido, no me parece exagerado decir que forma parte de los deberes éticos de científicos e historiadores tomar conciencia de su relación con las instituciones de las que dependen ya que puede ser que el valor de sus productos

en el mercado simbólico, su presencia como agentes de ese mercado y el nivel de cotización de sus respectivas aportaciones se decida en ellas.

En la situación presente y en el contexto en el que ejercemos nuestra actividad profesional, la reflexión sobre este género de cuestiones no sólo me parece pertinente sino también urgente. Las modificaciones de planes de estudio, la aparición de nuevas titulaciones, evidencian cómo la identidad de la psicología —a cuya consolidación los estudiosos de la historia pretendemos contribuir— puede ser cercenada, diluida, mistificada y quién sabe si eliminada del mercado simbólico sin que ello tenga mucho que ver con los legítimos intereses de la comunidad científica y sin que ésta, hasta el momento, haya encontrado la manera de hacer oír su voz.

En otro orden de cosas, el avance en la tecnología de las comunicaciones, la inmediatez con la que los acontecimientos sociales pasan a formar parte del pasado, el rápido consumo de información, etc., provocan cambios sustanciales en las nociones de recuerdo, temporalidad, antigüedad o novedad, que son los ejes básicos de la historia. Con toda probabilidad, estas modificaciones van a incidir en la perspectiva histórica y en sus posibilidades críticas así como en los criterios de valor aplicables a sus discursos y a las funciones sociales que éstos habrán de desempeñar en un panorama futuro que ya está totalmente abierto en la actualidad. Todo ello exige, a mi entender, algún tipo de replanteamiento que los agentes de los discursos históricos deberíamos decidir y emprender.

No quiero terminar mi comentario sin hacer mención a la calidad, interés y novedad que ofrece la propuesta metodológica que proponen los autores. No sólo porque la perspectiva del análisis del discurso abre posibilidades nuevas a la historiografía de las producciones científicas, sino también por cuanto tiene de integración de conocimientos y estrategias de la propia psicología y sus teorías acerca de la acción humana. Felicito a los autores por ello con la esperanza de que sus virtudes intelectuales sean contagiosas y de que emprendamos una larga y fructífera discusión.

Sobre el objeto y el método de la Historia de la Psicología

Miquel Siguan
Universitat de Barcelona

Es un placer poder dar cuenta de la aparición de un libro importante y más en un campo tan escasamente atendido como es la Historia de la Psicología. Y